

Leer y escribir en los tiempos del chat

Gustavo Cantú¹

Resumen

En este trabajo se intenta precisar las características de los nuevos soportes textuales característicos de los medios electrónicos y los procesos subjetivos que su interpretación supone. Finalmente se aborda el *chat* como experiencia subjetiva de lectura en el medio digital.

Se hace referencia a una investigación que se dedica a indagar la relación y compromiso subjetivo de los púberes con las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC) para caracterizar los sentidos que construyen con su uso.

Se concluye que la disolución de las barreras de tiempo y espacio promovida por la conexión en la red forma comunidades virtuales, generando una nueva forma de intersubjetividad a través de la interacción en tiempo real con otras personas conectadas. De este modo, se caracteriza el chat como un medio lúdico, un espacio transicional que constituye una posibilidad de construir pensamiento y discurso, es decir, es una oportunidad de constitución de subjetividad.

Palabras clave:

Lectura – chat – subjetividad - hipertexto

Reading and writing in times of chat

Abstract

This article aims at characterizing new textual resources -such as those found in electronic media- and the psychic processes that their interpretation requires.

A recent research is devoted to investigate the relationship and psychic interference of teenagers with new information and communication technologies (ICT) in order to characterize senses constructed in their appropriation.

It is concluded that time and space dissolution promoted by the web connection forms virtual communities, thus generating new forms of subjectivity by means of real time interaction with other people connected to the web. Therefore chat is supposed to involve transitional

¹Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Independencia 3065. Capital Federal. Argentina. Teléfono: 4483-4984. E-Mail: gcantu@psi.uba.ar

phenomena that allow the construction of thought and discourse, that is to say, it is regarded as an opportunity for subjective constitution.

Key words:

Reading – subjectivity – chat - hypertext

Introducción

Los verbos leer y escribir no tienen una definición unívoca sino que remiten a construcciones sociales, y aluden a actividades socialmente definidas (Ferreiro, 2001), es decir que cada época da un nuevo sentido a estos conceptos (de Certau, 1996).

¿Qué hacen los sujetos frente a la pantalla de la computadora? Descifran caracteres, decodifican instrucciones y toman decisiones en los juegos, recopilan información y organizan datos en los buscadores, interpretan mensajes de otros e intercambian pareceres por mail, ríen, lloran, se alegran o sufren a partir de lo que sucede en el chat. ¿Eso es leer?

Los soportes sobre los cuales se ejerce la lectura son nuevos. Y por otro lado, las formas y las operaciones de lectura han cambiado. Por lo tanto, en la actualidad la definición de los procesos de lectura y escritura requiere ser precisada.

Intentaremos especificar en primer lugar las características de los nuevos soportes textuales y en segundo lugar los procesos subjetivos que su interpretación supone. Finalmente, nos centraremos en el *chat* como experiencia subjetiva de lectura en el medio digital.

1. Textos estallados

Una situación para pensar el modo en que algunos sujetos operan con la información en la red: un alumno universitario entrega una monografía y en la lista de la bibliografía utilizada –ordenada rigurosamente por autor- escribe: “Internet”. El hecho dejó de parecer una simple anomalía cuando se observó idéntico “error” en un artículo escrito por una colega: no se trata –podemos pensar- de un simple yerro formal en cuanto a las normas que rigen la producción académica, sino del efecto de un posicionamiento en relación con el flujo de información. Por supuesto que hay sitios de internet donde puede accederse a información textual con autores identificados perfectamente, que pueden ser citados del modo académico tradicional, pero hay otros que parecen no tener autor². En ellos, la información que circula en la red no queda ligada a un nombre o a una figura personalizada, y se favorecen posicionamientos como los que observamos.

Imaginemos un escenario: un monje medieval en su *scriptorium* recibe por fin el raro manuscrito que esperaba y recorre con grave veneración sus hojas. Dedicar sus horas a la

² No todo lo que hay en la red está organizado de la misma forma. Sin que esto constituya una clasificación exhaustiva hay juegos online, páginas de información, buscadores, artículos científicos y de divulgación, portales de entretenimiento, sitios institucionales, salones de chat, etc.

transcripción de ese texto con elegante caligrafía y a su iluminación con miniaturas devotas, para lo cual deberá no solo pulir el pergamino sino preparar los pigmentos para las tintas y cortar las plumas de ave con ese instrumento que aún hoy se llama cortaplumas. Un niño en el *ciber* apunta unas palabras en el buscador, presiona dos teclas de la computadora y reproduce automáticamente el texto de la pantalla de modo absolutamente exacto en el sitio preciso donde lo necesita.

Entonces, es posible pensar que la materialidad del objeto cultural organiza en cierto punto las operaciones posibles que un sujeto puede realizar sobre él. A diferencia del texto tradicional, la red es la figura de la fragmentación. La noción de texto tal como la conocíamos hasta la modernidad estalla. El texto, al hacerse alterable y copiable, pierde la unidad y estabilidad que lo caracterizaba anteriormente.

Flexibilidad, velocidad e interactividad actuales parecen oponerse a la estabilidad y autoridad de las narrativas textuales como modos de oferta de los distintos tipos textuales.

Textos fragmentados. Textos estallados. Infinidad de textos producidos, reproducidos, copiados, modificados, cortados y empastados sin más trámite que una combinación de teclas, luego impresos por una máquina con impecable fidelidad.

2. De lo textual a lo hipertextual

En 1971 Michael Hart comprendió que un texto almacenado en un ordenador sería accesible para cualquiera que tuviese acceso a dicho ordenador, e intuyó que esta posibilidad sería cada vez más relevante. Fue el inicio del célebre Proyecto Gutenberg, cuyo objetivo era publicar 10.000 textos en la red antes del año 2000.

Se trataba de una iniciativa propia de un momento de transición. Desde entonces, el texto electrónico ha facilitado la búsqueda y el reciclaje de la información contenida en archivos propios. El *world wide web* (www) añade otras dos posibilidades cruciales: acceder a archivos remotos, y conectar unos con otros de diversos modos. De estas dos, sólo la primera ha sido ampliamente aprovechada por las publicaciones actuales. Se ha tratado, por el momento, de utilizar la red como medio de distribución, sin variar las formas de lo que se escribe.

Las versiones WWW de la mayor parte de los medios de prensa apenas utilizan el hipertexto para crear menús de sus secciones, ni siquiera introducen enlaces en el texto de las noticias. No todo lo que hay en el WWW en este momento son verdaderos hipertextos. Es decir, publicaciones pensadas para el WWW, y no meros derivados del papel. Los textos se conectan unos con otros, e incluso es posible rastrear todo tipo de vínculos más lejanos por

medio de bases de datos. El lector familiarizado con el WWW está al corriente de las diferencias entre el medio impreso tradicional y el hipertexto. La tecnología de la imprenta ha favorecido una lectura lineal, determinada por el autor. Un libro o un artículo de revista, en principio, se leen de cabo a rabo, una página tras otra y un párrafo tras otro. Están escritos de ese modo y es así como se entiende lo que cuentan. Si los leemos de otra manera, - por ejemplo saltando de un fragmento a otro hacia adelante y atrás -, lo más probable es que capturemos sólo parte del sentido, en el mejor de los casos.

Sin embargo, la lectura fragmentaria, incluso azarosa, es una práctica corriente. Las divisiones en capítulos, las tablas de contenido, los índices analíticos, las notas al pie y las referencias bibliográficas, (todas las formas de paratexto), han tenido como objeto que el lector pueda ir directamente adonde quiere: al capítulo o pasaje del texto que habla del tema que le interesa, o a otros textos vinculados con aquél, por ejemplo. Son modos de lectura habituales y a menudo indispensables, aunque algo rudimentarios y engorrosos. Una referencia a otro artículo en una página de una enciclopedia nos exige volver a buscar, quizá en otro volumen; una referencia en una nota al pie nos obligará a volver a la biblioteca o a la librería, y puede que tengamos que esperar días o meses a recibir el otro texto.

Las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones han servido precisamente para facilitar todo eso al lector. La disponibilidad de textos electrónicos fue el primer paso. Pero el verdadero avance, lo que nos está conduciendo a una revolución, son las redes de hipertextos. La intuición original del equipo que inició el Proyecto World-Wide Web en 1989 fue que el problema de los vínculos entre elementos de información dispersos se podía abordar mediante un sistema de hipertextos distribuidos en redes de ordenadores. El resultado es lo que hoy en día ofrece el WWW: documentos cuyos enlaces nos pueden conducir a un cierto número de otros documentos y así sucesivamente, y consultas que generan los enlaces dinámicamente según nuestros propios intereses. Es el lector quien decide qué enlaces seguir o qué preguntas hacer.

Podríamos decir que la red es un gigantesco (casi infinito) hipertexto. Pero definir de este modo puede conducirnos a un equívoco, ya que la denominación “hipertexto” tiene el problema de contradecir a nivel gramatical lo que implica a nivel semántico: decir “*un* hipertexto” da idea de unidad, mientras la noción que se intenta transmitir es por el contrario de multiplicidad y fragmentación. ¿Sería más preciso decir que la información en la red tiene una dinámica hipertextual? En efecto, desde cualquier punto (página, sitio, portal) se puede acceder a muchos otros, no en un orden lineal o secuencial, sino de un modo *rizomático*.

Cualquier punto puede conectar con cualquier otro. No tiene principio ni fin, sólo tiene un medio por el que crece y desborda.

3. Hipertextos, rizomas, fluidos

Para Deleuze y Guattari existen tres tipos de libro: el libro-árbol, que seguiría una lógica binaria; el sistema raicilla, de raíces múltiples, y el libro-rizoma, constituido por mesetas (fragmentos) autónomas, comunicadas por “microfisuras”.

En este libro-rizoma cada fragmento puede leerse por cualquier sitio y ponerse en relación con cualquier otro: un libro así, “se niega al logos, a la trascendencia de la idea, a la interioridad del concepto, al tribunal de la razón, a los funcionarios del pensamiento, al sujeto legislador” (Deleuze y Guattari). El libro-rizoma cumple varias condiciones:

- Conecta cualquier punto con otro punto cualquiera.
- Cada uno de sus rasgos no remite necesariamente a rasgos de la misma naturaleza (no es necesaria una unidad coherente, sino que más bien promueve la heterogeneidad).
- Multiplicidad: pone en juego regímenes de signos muy distintos; no está hecho de unidades, sino de dimensiones, no tiene principio ni fin.
- Establece rupturas significantes.
- Es cartográfico: está hecho de líneas de fuga, es decir, no filiales, como en una arborescencia.
- Contrariamente a los parámetros miméticos, el rizoma está relacionado con el mapa que debe ser producido, siempre desmontable, conectable, alterable. No responde a modelos estructurales o genéricos, no confluye, es acentrado.. No exige reconocimiento de estructuras o sentidos u orígenes o intenciones.

Estas características son perfectamente asimilables a la práctica hipertextual. El rizoma, pues, resulta ser una imagen muy oportuna para representar la hipertextualidad. Es la idea de expansión del territorio, de la horizontalidad que multiplica las relaciones y los cambios que devienen de ellas. Contrariamente a una estructura, que se define por un conjunto de puntos y de posiciones (es decir, de relaciones biunívocas) con respecto a esos puntos, en un rizoma no hay posiciones: es un sistema a-centrado y a-jerárquico. No hay centro y periferia, no hay información de primer y segundo nivel de importancia.

Entonces cobra más sentido llamar “navegación” a la operación de orden hipertextual sobre la información, y se comprende por qué el espacio virtual por el que se navega no es un medio sólido como los textos de la narrativa tradicional cuyo soporte material es el libro.

El medio sólido funciona como institución o como marco que reproduce las relaciones que alberga (Lewkowicz y Correa, 2004). Se reproduce a sí mismo y reproduce las relaciones entre sus componentes. Sus componentes son instituciones, es decir, organizaciones que se reproducen a sí mismas, y que al reproducirse a sí mismas reproducen las condiciones que hacen posible que las otras instituciones funcionen. Reproduciéndose a sí misma cada una pone las condiciones para que otra se reproduzca a sí misma, porque el medio permanece inalterado. Esa inalterabilidad del medio es la solidez.

En un medio fluido en cambio, los puntos, los términos, las partículas, se relacionan unas con otras sin que ningún marco provea estabilidad, prediga los encuentros o establezca las condiciones. No en vano Heráclito tomó la imagen del río como figura del devenir.

El texto es lineal; en cambio, la dinámica hipertextual, al permitir conectar bloques de texto y facilitar conexiones con otros textos, destruye la noción de univocidad. El texto ahora pertenece a una red. Pero a una red que no implica jerarquización ni categorización. En el texto tradicional existen categorías: lo principal y lo secundario. En la discursividad hipertextual esa categorización se nivela. Lo que es considerado relevante depende de las operaciones de lectura que se efectúen.

En *S/Z*, Roland Barthes (1970) define el texto "escribible", (a diferencia del texto “legible”) como ese espacio que permea todo lenguaje o discurso que pretenda asumir la posición de juez, profesor, analista, confesor o decodificador. Su sistema se emparentó con esa tendencia a descentralizar la autoridad para repartirla entre los individuos. Barthes pone así el énfasis alejado de lo conocido, lo unificado, centralizado, liberando la escritura del despotismo de eso que se llama “El Libro”. El límite impuesto por el autor da un significado preciso y cierra la escritura. Al rehusar asignar un último significado al texto, se libera de ese teologismo logocéntrico de significados fijos. Podemos pensar que la discursividad hipertextual es un campo propicio para generar textos *escribibles* al modo de Barthes.

También puede verse en el “hipertexto” la realización del formalismo ruso bajtiniano por su aspecto dialógico, polifónico y multivocal. Por lo tanto, la discursividad hipertextual es el resultado de ese espacio postmoderno que convierte la marginalización y los bordes en el centro de su preocupación.

Los parámetros de homogeneidad, totalidad y centralización son propios de la discursividad textual. Un texto (un libro, como texto paradigmático) es una unidad; “un hipertexto” (el

artículo le conviene poco, el sustantivo aún menos), multiplicidad fragmentada. Un texto se lee; “un hipertexto” se navega.

4. Leer, navegar

Michel de Certeau (1996) sostiene que los lectores son viajeros, cazadores furtivos que circulan en campos que no han escrito. La lectura queda definida como un ejercicio de ubicuidad: leer es estar en otra parte. Es constituir una escena secreta y propia. La escritura conserva, acumula, instituye un lugar propio en un escenario externo. La lectura en cambio no conserva, no instituye un espacio material sino virtual; carece de lugar. El lector no es el propietario del texto: es su huésped. Leer es habitar *temporariamente* en un espacio virtual reconstruido a partir de lo escrito. ¿Será este requerimiento de “desterritorialización”³ (Deleuze y Guattari, 1977) lo que convierte la lectura en algo a la vez fascinante para algunos e imposible para otros? Para algunos, leer-viajar no es tan fácil ni tan placentero. Prefieren la tranquilidad de un pequeño espacio propio a la vastedad de los territorios posibles, que llevan la marca de lo ajeno, lo extraño, lo diferente.

La metáfora de la navegación nos muestra un aspecto importante de la cuestión: el lector no es sólo un nómada –como quiere de Certeau-, sino que la consistencia del espacio por el que circula en la red se parece más a la del océano que a la de un continente. El lector no “hace pie”: navega en aguas más o menos tranquilas, con rumbo más o menos determinado y con vientos más o menos a favor. Casi a la deriva. Ya Freud había utilizado la figura de la navegación cuando su concepto de “atención flotante” prescribía el modo en que el analista se acercaba a las asociaciones verbales (esas otras narrativas hipertextuales) aparentemente inconexas del paciente.

Si Borges hubiera conocido internet, ¿hubiera necesitado urdir la metáfora de la Biblioteca de Babel (en la que cada hexágono de anaqueles desembocaba en otros hexágonos *ad infinitum*), como figura de la perplejidad ante lo inabordable de la totalidad del conocimiento? Las errancias de los bibliotecarios de Babel son semejantes a las de los navegantes de la red: lectores de textos incontables, cuyo número inagotable está en incesante expansión y en constante cambio, sin referencias físicas que los sitúen (ya que se trata de un espacio virtual y por lo tanto sin límites). Al navegar, cada *link* abre nuevos sitios que a su vez despliegan

³ Deleuze y Guattari conciben la sociedad como un campo de batalla, y por eso utilizan una terminología ligada a la lucha por la apropiación de un territorio. Los procesos de desterritorialización están, según ellos, constituidos por líneas de fuga, huidas, devenires y flujos de deseo descodificado que escapan a las estructuras de previsión y control.

nuevos portales, que a su vez ... es decir que los textos se expanden en progresión geométrica. Borges también utilizó la figura de los laberintos, en los cuales el placer de perderse y reencontrarse es parejo con el horror de perder toda referencia. ¿Cómo recorrer sin un hilo de Ariadna esos jardines de senderos que se bifurcan?

En la fluidez, prima la necesidad de navegación por sobre la exigencia de orden. Llamemos orden (siguiendo a Lewkowicz) a la voluntad clasificatoria de guardar algo en un lugar para hallarlo en el mismo lugar cuando se lo requiera. Llamemos navegación a la capacidad de orientarse en un punto sin haberlo configurado previamente, porque se dispone de los recursos necesarios para significar ese punto.

Es necesario aclarar que no se trata de operaciones separadas o excluyentes. Orden y navegación coexisten como procesos articulados en la mayoría de nuestros acercamientos a los medios textuales e hipertextuales, pero podemos distinguirlos conceptualmente en tanto diferentes formas de procesamiento.

5. Chatear

Una de las formas de la navegación –en tanto forma de producción de discursividad hipertextual- es el *chat*. Un equipo de investigación de la cátedra de Psicopedagogía Clínica de la UBA, dirigido por la Dra. Silvia Schlemenson se dedica a indagar la relación y compromiso subjetivo de los púberes con las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC) para caracterizar los sentidos que construyen con su uso⁴.

Con ese propósito se entrevistó a sujetos usuarios habituales del chat.

Adrián comenta por qué chatea en estos términos:

- “A veces tenés un mal día o tenés bronca o simplemente no tenés ganas de hablar con nadie pero a la vez necesitás hacerlo, entonces entrás al chat”.
- ¿Y si no hay nadie conectado?
- Tengo como ciento cincuenta contactos, siempre hay alguno”.

Es interesante la forma en que plantea la cuestión, puesto que nos confirma que la experiencia de chatear tiene lugar en un espacio donde las contradicciones no existen y se puede hablar con alguien ... cuando no se tienen ganas de hablar con nadie. Es decir que el otro aparece como presente-ausente. A la vez Adrián nos aclara que ese hablar/sin hablar con otro no

⁴ Equipo constituido por: Patricia Alvarez, Gerardo Prol, Viviana Olguín y Gustavo Cantú.

aparece –para él- ligado a una figura determinada, sino que podría ser cualquiera de los numerosos contactos de los que dispone.

Nicolás está frente a la computadora. Hay cinco ventanas abiertas: en tres de ellas chatea con sus contactos del *Messenger*. En una cuarta juega *online* con otros amigos o contactos, y en la quinta espera que “baje” la actualización de un programa.

- “¿Qué hacés Nicolás?” –pregunta uno de sus contactos

- “Nada, acá *webeando*”.

Con agilidad clickea con el *mouse* las diferentes ventanas e interviene en las distintas “conversaciones”. “Ah, vino Ramiro”, dice, y abre otra ventana para comunicarse con él. Cambia de ventana, regresa a una anterior, abandona otra porque el interlocutor no responde o tarda en hacerlo o se ha desconectado.

Si los verbos indican acciones, es interesante observar que la operación que permite habitar la *web* es *webear*. Neologismo que condensa por lo menos dos sentidos: un sentido literal (así como el verbo “chatear” proviene del sustantivo “chat”, el verbo “webear” proviene del sustantivo “web”, es decir que la acción se define a partir del espacio virtual en el cual se desarrolla: lo que se hace en el chat es chatear; lo que se hace en la web es webear) y un sentido segundo que se define por homofonía y alude a algo así como no hacer nada en particular o importante, es decir, realizar una acción insustancial explícita mientras se está abierto al fluir del tiempo. ¿Será *webear* un nombre para la operación que nos permite habitar los hipertextos? Consultemos a otro de nuestros “expertos”:

Camila dice que chatea:

“...cuando vengo de la escuela, por ahí no tengo nada que hacer, me conecto y chateo con mis amigas”.

- “¿Qué preferís, hablar por teléfono o chatear?”

- “Es distinto, si tenés algo para decirle lo llamás por teléfono o le mandás un mensajito al celular, en vez si no tenés nada especial te conectás y chateás”.

- “¿Y de qué hablan?”

- “De nada, vemos qué pinta y por ahí pintó algo”.

“Ver qué pinta” parece ser todo un proceso subjetivo. No hay una planificación deliberada de un encuentro con otro sujeto en particular, sino que se trata de habitar una situación que

favorece multiplicidad de choques efímeros con cantidad de otros, a la espera de que alguno de esos choques se configure con cierta consistencia. Es decir, no hay provocación proyectada de una situación, sino apertura a la contingencia de una tirada de dados nitzcheana. En la vertiginosidad de la información algo se recorta, cobra importancia. *Pintó algo*. Se constituye en una mirada de otro que es capaz de dar cierta forma a la experiencia, de interrogar o devolver una imagen especular. Notemos que el sujeto gramatical de "*Pintó algo*" es el acontecimiento y no una persona. Es decir que pintar es una acción sin agente. No hay un yo o un nosotros que pinta una acción, lo que pinta es el acontecimiento. Con lo cual "ver qué pinta" se nos revela como un nombre posible para una posición del sujeto en relación con la temporalidad. No se trata de una temporalidad lineal en la cual una acción deliberada busque provocar un efecto determinado, sino de configurar una situación radicalmente contingente y azarosa. El tiempo de "webear" y "ver qué pinta" es el tiempo de las velocidades y los flujos de información.

6. Sentido y sinsentido del chat

Entonces la pregunta que podemos formularnos es: ¿Qué operaciones subjetivas son necesarias para que un sujeto pueda construir sentido en la situación de chat?

La lectura de textos supone operaciones de interpretación. Se trata de formas de producción simbólica, es decir, de creación de sentidos nuevos (no escritos) que resultan de la tensión entre las significaciones sociales instituidas y los sentidos subjetivos y personales instituyentes. El problema del lector de textos (de la narrativa tradicional) es no quedar atrapado en repetición de las certezas imaginarias que a modo de instituido atribuye al escrito, para poder realizar sobre él operaciones instituyentes (cf. Cantú 2004) de crítica y deconstrucción. ¿Cuál es el problema que enfrenta el usuario de chat? Allí el sujeto no se enfrenta con un sistema estructurado de saberes instituidos como al leer un libro (que además se representa imaginaria y materialmente como una unidad coherente), sino a una masa de información que fluye sin unidad, coherencia ni ligadura. Conversaciones simultáneas, sin una macroestructura temática que unifique su sentido, con varios contactos que además varían, ya que se conectan o desconectan sin que medie más plazo que el necesario para hacer un clic y sin más relación que la sucesión azarosa.

Al chatear, el sujeto no se enfrenta con un bloque de significaciones culturales instituidas (como en un escrito tradicional) sino con una multiplicidad de sinsentidos. No hay una significación "oficial" o instituida con la cual entrar en tensión para confirmar o criticar.

Construir sentidos subjetivos y singulares en ese espacio de contingencias hipertextuales es una forma de producción simbólica no menos compleja que la interpretación textual, pero sí radicalmente diferente.

Conclusiones:

En la situación de chat, los sujetos crean mundos virtuales discontinuos, que no predeterminan ningún recorrido y promueven por eso la elección y la decisión libre. Esos escenarios digitales son etéreos y efímeros. Ninguna materialidad los sustenta. La experiencia de una secuencia de bits existe sólo instantáneamente. La disolución de las barreras de tiempo y espacio promovida por la conexión de en la red, forma comunidades virtuales, generando una nueva forma de intersubjetividad.

Según Turkle, la interactividad en la conversación de chat permite no sólo la “colaboración” literaria de los lectores en la construcción de textos, sino la construcción de nuevos “yos” a través de la interacción en tiempo real con otras personas conectadas a la red (Turkle, 2004). Estos juegos permiten asumir libremente roles tan cercanos o tan lejanos del propio yo real como se quiera. Es decir que el chat es un medio lúdico que implica un espacio transicional. El carácter hipertextual proporciona un sistema dentro del cual el lector interactúa con las informaciones que surgen de su recorrido, y a su vez modifican sus representaciones y sus demandas. De este modo constituyen una posibilidad de construir pensamiento y discurso a partir de esos “datos”, es decir, una oportunidad de constitución de subjetividad.

Referencias

- Barthes, R. (1970) *S/Z*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Barthes, R. (1995) *El placer del texto*. Madrid: Siglo XXI.
- Barthes, R. (2003) *Variaciones sobre la escritura*. Buenos Aires, Paidós: 2003.
- Cantú, G. (2004) La lectura reinventada: Narratividad e interpretación textual en la clínica psicopedagógica. En S. Schlemenson: *Subjetividad y lenguaje en la clínica psicopedagógica*. Buenos Aires: Paidós.
- Lewkowicz, I. & Corea, C. (2004) *Pedagogía del aburrido*. Buenos Aires: Paidós.
- De Certau, M. (1996) *La invención de lo cotidiano. I: Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1976) *Rizoma*. Valencia: Pre-textos.
- Derrida, J. (1998): *Ecografías de la televisión*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Ferreiro, E. (2001): *Pasado y presente de los verbos leer y escribir*. Buenos Aires: FCE.
- Romano, E. (2000) *La cultura digital*. Buenos Aires: Lugar.
- Turkle, S. (2004) *La vida en pantalla*. Buenos Aires: Paidós.